

# REPERTORIO AMERICANO

PUBLICADO QUINCENALMENTE POR GARCÍA MONGE Y CÍA., EDITORES

VOL. I

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, JUEVES 15 DE ABRIL DE 1920

Nº 17

## EL SOLDADO EN LOS CAMPOS DE FLANDES

ENTRE la flora poética de la última guerra,—que para desdicha de los hombres no será la última,—hay dos pequeñas poesías inglesas de dos soldados que, siguiendo la heroica tradición de Byron, estuvieron listos a ofrendar su vida por la nobilísima causa que los llevó juntamente a la fama y a la muerte. Ruperto Brooke murió, como Lord Byron, en Oriente; y Juan McCrae, en Boulogne, cerca del frente. Ambas poesías fueron escritas entre el fragor de dos batallas; son cortas y bellas como un epigrama griego; pero lo que en el epigrama griego es agudeza y volar de abeja, en *El Soldado* y *En los campos de Flandes* es trágico e intenso sentimiento de patria, a la manera británica; sentimiento de amor a la vieja Inglaterra, de orgullo de ser inglés y de voluntaria conformidad, casi alegre conformidad, con la suerte de morir por ella. Cuando Nelson estaba cerca de la agonía, abordó del buque en que flameaba su insignia de almirante, fueron sus postreras palabras: *He cumplido mi deber; gracias a Dios por ello*. Ese sentimiento, hecho de sencillez y abnegada devoción por la patria, dictó también a Brooke y a McCrae las es-

trofas que no hay inglés que no ame, ni extraño que no admire. Son bellas por la forma, pero más bellas aún por lo exquisito del pensamiento, por el espíritu de sacrificio libremente aceptado que se rezuma a través de ellas y por la fe en la grandeza e indestructibilidad de la patria que transparentan. Ni McCrae ni Brooke lanzan una queja contra el Destino, que los siega antes de tiempo; el por qué morir prematuramente, no asoma siquiera en sus poemas. Los muertos de McCrae no piden a sus compañeros de armas que los recuerden; les piden que lleven adelante la hazaña comenzada, que la antorcha patriótica, que pasa de las manos moribundas a las manos vigorosas de los que quedan, llamee siempre en alto, a pleno viento, mientras el triunfo no se alcance. Si eso hacen los vivos, dormirán los muertos en paz. Brooke, si se acuerda de su sepultura, es para pensar que donde su polvo esté, sea donde fuere que la fosa se excave, aquello será tierra de Inglaterra, un pedazo de su patria. Otros piensan que la muerte es buena porque lleva a donde este mundo se olvida. Brooke, por el contrario, se aferra a la idea de la persistencia sem-

piterna de lo que una vez fué, y sueña con que el corazón suyo, simple pulsación de la eterna energía, revivirá allá lejos aquellas emociones que debió a Inglaterra y que constituyeron la dulzura de su vida: sus sonidos, sus paisajes, los sueños, las amistades y la dulcedumbre de corazones en paz, que allí brotaron como flores de su suelo. Cuando uno ve que el amor patrio llega a este fervor y a este idealismo, no se asombra de que Inglaterra sea la señora de los mares y la potencia que casi no sabe lo que es perder una guerra. En Brooke y McCrae se hermanan las dos corrientes que forman el pueblo inglés. La que representa Shakespeare; y la que representa Cromwell. La poesía apasionada, y la acción osada e imperturbable. Carlyle decía: hablar que no concluye en acción es mucho mejor suprimirlo del todo. Esa advertencia no se aplica a Brooke y McCrae. Lo mismo que Cervantes, sirvieron a su patria con la palabra y con la acción. El centelleo de las espadas se apagó; pero lo que trazó la pluma perdura como el nocturno brillar de los astros en el cielo.

RICARDO JIMÉNEZ

### EL SOLDADO

RUPERTO BROOKE

SI llego a morir piense de mí solamente que en un extranjero campo hay un rincón que es para siempre Inglaterra. Habrá allí, en aquella rica tierra, oculto un polvo, más rico aún; polvo que Inglaterra produjo, modeló, hizo consciente; al que en un tiempo dió sus flores que amara y sus senderos en que vagar; un cuerpo al que comunicó su aliento, que respiró su aire, que se bañó en sus ríos, y que fué bendecido por los soles de la patria.

Y piense que este corazón, desvestido de todo mal, aunque simple pulsación de la eterna inteligencia, reproduce, allá lejos, los pensamientos que recibió de Inglaterra; y sus paisajes, sus sonidos; y aquellos sueños felices, como un día suyo; y la risa que aprendió de amigos; y la dulcedumbre de corazones en paz, bajo un cielo inglés.

### EN LOS CAMPOS DE FLANDES

JUAN McCRAE

FLORECEN las amapolas en los campos de Flandes, entre las cruces, hilera tras hilera, que marcan nuestros sitios; y en el cielo vuelan las alondras, cantando bravamente, apenas oídas en medio del cañoneo que ruge abajo.

Somos los muertos. Pocos días ha vivíamos, gozábamos de las auroras, sentíamos el hechizo de las gloriosas puestas de sol; amábamos y éramos amados, y ahora... reposamos para siempre en los campos de Flandes.

Haced vuestra nuestra querrela con el enemigo; empuñad la tea que os pasan nuestras manos desfallecientes, y sea vuestra a condición de que la mantengáis en alto. Pero si faltáis a la fe que debéis a quienes morimos, no dormiremos, por más que florezcan las rojas amapolas en los campos de Flandes.